

RESTAURACION DE LA DEMOCRACIA EN CHILE

PABLO RODRIGUEZ GREZ

Abogado

La historia reciente de Chile, revela, como una constante ininterrumpida, cierta discordinación entre el orden institucional —por una parte— y la realidad social e idiosincrasia del pueblo —por la otra. Nuestros políticos se han caracterizado por ignorar los más rudimentarios conocimientos de economía y los economistas por una olímpica indiferencia sobre la evolución política del país. Unos y otros —políticos y economistas— comparten un desprecio ancestral por las leyes sociológicas que rijen la conducta del hombre en comunidad.

Una bien montada campaña propagandística ha conseguido hacernos creer que gran parte de nuestros problemas se resolverá mediante la restauración del sistema democrático liberal, el cual, al fin y al cabo —se nos machaca insistentemente— “es el menos malo de cuantos se conocen en la tierra”. De allí el resurgimiento de los partidos políticos y el velo que cubre el estruendoso fracaso que culminó un 11 de septiembre de 1973 con el Pronunciamiento Militar. La estrategia utilizada tiene dos fines bien precisos: borrar el desastre a que nos arrastró el gobierno de partidos y convencernos de que la democracia tradicional operará el milagro de satisfacer las necesidades económicas más apremiantes de los chilenos.

Nos proponemos demostrar, en seguida, que una eventual restauración democrática, en la forma consagrada en la Constitución de 1925, que no difiere sustancialmente de la Constitución de 1980, nos conducirá a la misma situación que imperaba hace una década y media y que este fenómeno es sociológicamente ineludible.

La sociedad política, como todo organismo viviente, obedece a leyes ineluctables. Es cierto que las ciencias sociales han avanzado poco si se las compara con las ciencias exactas y el prodigioso desarrollo tecnológico. Pero también es

cierto que entre nosotros existe un desconocimiento absoluto de cuestiones que en otras naciones son de dominio elemental. Nuestros políticos —y no exagero—, salvo contadas y honrosas excepciones, son increíblemente improvisadores. Se sigue creyendo que “hacer política” no implica una responsabilidad intelectual rigurosa y que ella se agota en discusiones bizantinas interminables, haciendo y deshaciendo pactos y elaborando consignas de alto rendimiento electoral. La verdad, en el tiempo que nos ha correspondido vivir, es muy distinta. Ahora, más que nunca, los políticos deben profundizar la cultura cívica, extenderla y enriquecerla. De otro modo, el país seguirá a la zaga del progreso y la superestructura constitucional se convertirá en un obstáculo insalvable para el avance económico y social de Chile.

Propondremos, a continuación, once leyes que rigen nuestra vida política y que sectores oscurantistas se empeñan en negar o desconocer:

1. Oligarquización de los partidos políticos.

Es un hecho, comprobado empíricamente, que los partidos políticos tienden a la oligarquización, formándose pequeñas cúpulas directivas que dominan incontrarrestablemente a toda la organización. De allí que los partidos sean eminentemente elitistas y que excluyan toda forma de participación masiva en su seno. Ante la ciudadanía los partidos aparecen representados por un minúsculo puñado de dirigentes y, no pocas veces, apenas si expresan la adhesión a un liderato individual. Es también un hecho comprobado que los dirigentes más importantes exceden los límites del partido o de la corriente que los prohija. Así sucedió, por ejemplo, en los últimos años, con Carlos Ibáñez del Campo, Jorge Alessandri, Eduardo Frei y Salvador Allende. Este fenómeno explica que estos nombres se repitieran sucesivamente en las elecciones presidenciales durante más de un cuarto de siglo. De lo dicho se desprende que los partidos son y seguirán siendo expresión de reducidas directivas y, por lo mismo, un meca-

nismo elitista de conducción de la vida pública. No se visualiza de qué manera pueden ellos, por los efectos de esta ley de hierro, edificar una institucionalidad participativa, en circunstancias de que tienden precisamente al efecto opuesto: la oligarquización.

2. Identidad de los partidos con los intereses de las clases sociales.

Nuestra sociedad política se caracteriza por ser masificada —compuesta por millones de ciudadanos— y estratificada —dividida en sectores con intereses, preferencias y valores distintos. En este marco —general para el Continente Americano— tiende a desdoblarse la función de los partidos políticos. La ideología, que fundamenta la existencia de cada uno de ellos, sufre una deformación acelerada hasta confundirse con los intereses excluyentes de un determinado segmento social. Contribuye a esta reacción la posición intransigente del marxismo que entiende la tarea política como un deber de “concientización” de un sector para oponerlo violenta y revolucionariamente contra los demás. De esta forma ha surgido la trilogía reduccionista de “derecha”, “centro” e “izquierda”, que interpreta, respectivamente, a la clase que detenta la propiedad de los bienes de producción; a los pequeños empresarios, burócratas, profesionales, etc.; y a una vanguardia concientizada de la clase trabajadora, que pugna por destruir la sociedad burguesa e imponer la dictadura del proletariado. Se ha distinguido, sobre esta materia, los llamados partidos parlamentarios y los partidos ideológicos o extraparlamentarios. Los primeros, corresponderían a los que buscan el acuerdo, el compromiso, el consenso entre las diversas corrientes y que no procuran soluciones globalizantes ni la destrucción de sus adversarios (liberal, conservador, radical). Los segundos, corresponderían a aquellos que postulan soluciones absolutas, que no admiten compromisos ni acuerdos y que obedecen a una ideología que tiende a imponerse en el país, en el Continente y en la Humanidad, (comunista, socialista, demócratacristiano). No resulta difícil comprobar que los partidos ideológicos (a los que debiera agregarse el “neoliberalismo” aplicado por el ac-

tual Gobierno Militar) dominan el escenario electoral y que ellos son los que mejor se adaptan a la mentalidad moderna. ¿Por qué? La respuesta es clara: porque expresan intereses de clase. Afirmamos que en las sociedades masificadas y estratificadas los partidos recorren la pirámide de la sociedad horizontal y no verticalmente, como sucedía en el pasado. No puede menospreciarse ni el hecho de que en el día de hoy las ideologías se sustenten en intereses sectoriales ni que este fenómeno sea un subproducto necesario de la aparición del marxismo como fuerza política. Al organizarse y crecer como movimiento y entrar en el juego por la conquista del poder, opera, automáticamente, como por efecto reflejo, la necesidad de organizarse de los demás sectores sociales antagónicos. En síntesis, los partidos, fatalmente, se identificarán con los segmentos sociales y adecuarán sus ideologías a la defensa de intereses perfectamente definidos.

3. Absorción de los cuerpos intermedios.

En nuestro orden institucional los conflictos sociales y económicos se resuelven preponderantemente por medio de un instrumento: la ley. Quien maneja la ley —el legislador— es el árbitro supremo de la disputa de intereses de todo orden. Si el manejo de la ley se le confía a los partidos políticos —llamados en el sistema democrático liberal a generar el Congreso Nacional— se produce, también automáticamente, la subordinación primero y la absorción después de los cuerpos sociales intermedios. No puede ser de otra manera, puesto que a ellos corresponde la función suprema de arbitrar y resolver los conflictos que se originan en el seno de la sociedad. Esta causa explica el hecho de que mientras subsistió el gobierno de partidos los principales cuerpos intermedios (sindicatos, asociaciones, confederaciones, colegios profesionales, etc.) fueran meros apéndices de los partidos. Es imposible mantener la independencia de los organismos intermedios en el gobierno de partidos. Estos subordinan a aquéllos porque no comparten ni en mínima medida una cuota de poder político. En síntesis, los cuerpos sociales intermedios en el sistema democrático liberal están condenados inevitablemente a ser absorbidos y dominados por los partidos políticos.

4. Reduccionismo demagógico y uso de los medios de comunicación social.

La lucha electoral es la suprema expresión de la democracia liberal. Toda la estructura de poder está construida sobre la base de la conquista del sufragio. Si atendemos al nivel cultural de nuestro pueblo, forzoso es concluir que él no está capacitado para pronunciarse sobre opciones técnicas, cada día de mayor complejidad. Por lo mismo, estas opciones no se le plantean. En cambio se reducen las posiciones de cada partido a consignas simples, llamadas a satisfacer al elector, a comprometerlo con una candidatura y a ofrecerle soluciones fáciles. No es infrecuente advertir que muchas de ellas se elaboran con especial cuidado para no herir las expectativas de otros sectores, de modo de eliminar al mínimo la resistencia de la masa electoral. Una encuesta superficial llevaría a conclusiones asombrosas. Recordemos: "la tierra para el que la trabaja", "que paguen los poderosos", "revolución en libertad", "al socialismo por la vía democrática", "universidad para todos", "austeridad", etc. . . . No está demás advertir la superficialidad de estos planteamientos, muchos de los cuales no resisten el menor análisis. Pero justo es reconocer que ellos golpearon frontalmente en las aspiraciones de los menos preparados, terminando por adormecer su resistencia y obnubilar su entendimiento. De esta suerte, la contienda eleccionaria termina en un juego de consignas que se reiteran a través de una propaganda ilimitada. No debe olvidarse tampoco que muchas de las consignas envuelven desafíos reivindicacionistas o revanchistas, lo cual estimula el odio de clases y radicaliza las posiciones. En suma, la lucha electoral está dominada por el reduccionismo demagógico que, mediante llamativas expresiones, ofrece una panacea inalcanzable, saturando el ambiente y determinando sus resultados.

5. Predominio de las grandes internacionales ideológicas.

Es indiscutible que la lucha por la conquista del poder ha traspasado las fronteras nacionales y se ha transformado en un desafío internacional. En el presente siglo han aparecido las

grandes organizaciones ideológicas internacionales que prohijan en su seno a los partidos políticos de los países occidentales. Fue el movimiento marxista-leninista el que inició la experiencia y, como sucede también en el plano interno, provocó la constitución de otras organizaciones de signo opuesto. Al cabo de los años los partidos políticos, casi en su totalidad, se encuentran afiliados a movimientos internacionales, no pocas veces financiados por ellos y, ciertamente, dirigidos en lo medular por personeros y hacia objetivos transnacionales. De este factor se sigue otro efecto pernicioso: las cuestiones políticas internas ya no se ventilan en el ámbito que corresponde sino que en asambleas o reuniones multinacionales. El pueblo ha ido perdiendo imperceptiblemente su soberanía, con el pretexto de que la vida moderna se encuentra condicionada por una interdependencia ineludible. Por otra parte, la gran contienda ideológica mundial —que enfrenta en todos los niveles a las grandes potencias— se traspasa al plano interno, en el cual se enfrentan intereses que sobrepasan nuestra problemática y nos envuelve en una conflagración en la cual nada tenemos que ganar. Los países de este Continente se caracterizan por su dependencia económica y política. El esfuerzo debería orientarse en el sentido de recuperar la autonomía en uno y otro plano. Pero no ocurre así, porque cada partido está afiliado en una "internacional" y, por consiguiente, sirve directa o indirectamente a sus intereses. De esta manera, jamás podremos rescatar la independencia política ni liberarnos de una servidumbre económica que estanca nuestro desarrollo e imposibilita el crecimiento real. En suma, los partidos que se disputan las preferencias ciudadanas están dominados por grandes organizaciones ideológicas internacionales que mantienen la dependencia política y económica de las naciones pobres.

6. La participación.

Está plenamente demostrado que las pequeñas oligarquías partidistas, que dominan la estructura del Estado, terminan ejerciendo la autoridad que corresponde a los Poderes Públicos. Ni los legisladores legislan ni los presidentes administran el Esta-

do. El poder se desplaza a las directivas políticas que se organizan en la sombra y que actúan de espaldas a la ciudadanía. Son ellas, en definitiva, las que resuelven mediante "la orden de partido", el "pase" para aceptar una cartera ministerial, "los acuerdos de sus órganos internos", etc. . . . El ciudadano que cree elegir a la autoridad, en realidad elige un instrumento que manipula otra voluntad y que obedece las órdenes que se le imparten por las directivas políticas. Demás está en insistir en los efectos nocivos que este fenómeno acarrea para el buen funcionamiento de la institucionalidad. Si no es la autoridad la que decide y resuelve, no tiene sentido que ella se genere en un proceso aparentemente democrático y con intervención de los ciudadanos. En síntesis, la evolución de la democracia liberal conduce a la partitocracia que desplaza el poder a oscuras directivas oligárquicas que son las que orienta y deciden nuestro destino.

7. Dedicación y predominio de los mediocres.

Dentro de la oligarquía partidista no predominan los mejores sino los que dedican la mayor parte de su tiempo al servicio del partido. De esta manera, es inevitable un repliegue de los mejores y un predominio de los menos preparados, pero más dedicados a la labor proselitista. Basta examinar la nómina de dirigentes políticos, parlamentarios y candidatos a los cargos de elección popular para comprobar esta otra ley de hierro. Durante el apogeo de la democracia liberal llegaron al Congreso Nacional, a pretexto de que los representantes del pueblo carecían de conocimiento y de estudios, elementos indeseables que en nada contribuyeron a la elaboración de las leyes. Hubo candidatos a la Presidencia de la República que obtuvieron su título días antes del proceso electoral y hasta un ex canciller que, una vez abandonado el Ministerio, consiguió escalar aceleradamente en una carrera universitaria y obtener, con comisiones especiales, el título profesional con que ahora adorna su curriculum. Nadie puede negar, con un mínimo de seriedad, que los mejores elementos escapaban de la función pública y que ella llegó a ser sinónimo de superficialidad y de mediocridad. En suma, otra ley de hierro revela que en la oligarquía par-

tidista predomina, sin contrapeso, aquel que destina la mayor parte de su tiempo y dedicación a la organización, hecho que se agrava desde que las funciones de esta naturaleza han pasado a ser remuneradas y estos individuos "activistas a sueldo del partido".

8. Polarización impuesta por las concepciones globalizantes.

Decíamos que el atractivo de los partidos ideológicos o extraparlamentarios no puede compararse en el día de hoy con el de los partidos parlamentarios. Cada concepción globalizante —que ha dado lugar a las planificaciones globales de que habla Mario Góngora— interpreta o enfoca las expectativas de un segmento social. El neoliberalismo a la clase propietaria de los medios de producción; la democraciacristiana y la socialdemocracia a la clase media, en su vertiente católica o laica; y el socialismo y comunismo a la clase trabajadora concientizada. El planteamiento global, por su misma dinámica, tiende a polarizar y extremar las diferencias. De este modo, en el juego electoral demagógico (dominado por las consignas) o en la tarea diaria de proselitismo, las tendencias extremas comienzan a ganar posiciones y terminan por dominar a la ciudadanía. No es necesario esperar demasiado para ver cómo el país se desgasta en antagonismos desquiciadores. Cuando los extremos se enfrentan, las posiciones intermedias o conciliadoras están condenadas, a mediano o largo plazo, a desaparecer o sumarse a los polos más opuestos. En síntesis, el predominio de partidos adictos a concepciones globalizantes, polariza las posiciones y termina configurando una sociedad enfrentada por extremos.

9. Frustración producida por el reduccionismo demagógico.

El reduccionismo demagógico, ya analizado, genera fatalmente un estado de frustración generalizada. La decepción ciudadana, que opera al cabo de pocos meses de elegida la autoridad, se va acumulando a través del tiempo. De esta manera la ciudadanía inconscientemente comienza a repugnar de la política en general y de los partidos en particular. Este proceso culmi-

na cuando la inmensa mayoría, como sucede incluso en el día de hoy, piensa que nada ni nadie puede resolver los problemas que nos afectan. En este ámbito psicológico colectivo puede suceder cualquier cosa. Nada es exagerado ni aberrante. Recuérdese, por ejemplo, que en Brasil obtuvo la primera mayoría, en una elección de Gobernador del Estado de Sao Paulo, "cacareco" que era un rinoceronte del zoológico y que en Chile, muchas veces, bastó una consigna ingeniosa, un aviso original, para que llegara al Parlamento una persona sin mérito ninguno. En suma, el reduccionismo demagógico genera un ambiente de frustración generalizada que desacredita el sistema democrático y que termina sirviendo los intereses de los sectores revolucionarios.

10. Aspiraciones contenidas como consecuencia del principio de comparación.

Nuestros pueblos están sometidos a un bombardeo constante de la propaganda del mundo desarrollado. A través de la televisión, la prensa, el cine y demás medios de comunicación social somos testigos del nivel de vida de los países ricos. Este testimonio genera una multitud de aspiraciones que no pueden satisfacerse. Por una parte, el fenómeno acrecienta la frustración y, por la otra, la rebeldía y la hipersensibilidad frente a las consignas demagógicas. El drama de nuestros pueblos es la pobreza al margen de un mundo rico que crece y se distancia cada día más de nosotros. Las aspiraciones contenidas condicionan psicológicamente a la ciudadanía para comportarse políticamente en forma errática. Esto explica los vaivenes que entre 1946 y 1973 sufrió el electorado chileno. En síntesis, el principio de comparación desata aspiraciones que, al mantenerse contenidas y sin posibilidad alguna de satisfacer, terminan estimulando la rebeldía a la frustración e hipersensibilizando a la ciudadanía frente al reduccionismo consignista demagógico.

11. Los partidos políticos se transforman en "máquinas electorales".

Ya decíamos que la lucha electoral es la suprema expresión de la democracia liberal. Ahora bien, esta lucha ha variado

sustancialmente en los últimos cincuenta años. Mientras entre 1930 y 1970 la población chilena se duplicó, el universo electoral creció diez veces: de 302 mil electores a 4 y medio millones de electores. No parece difícil comprender que los procedimientos, métodos y recursos electorales han debido cambiar radicalmente. Los partidos, en esta nueva fase, se han convertido en "empresas electorales", cuyo rendimiento depende de los recursos con que cuentan y la eficiencia de los activistas profesionales. La manipulación de los medios de comunicación social es el factor determinante. Los candidatos se venden como los productos en el mercado de consumo. Su oferta, presentación y penetración en la ciudadanía obedece a leyes de marketing perfectamente estudiadas y preparadas. No gana el candidato con mayores aptitudes sino aquel que cuenta con mayores recursos, lo cual le permite usar las técnicas de publicidad más perfectas. En este esquema "la caja electoral" es el elemento definitorio. Para acrecentarla no se escatiman esfuerzos y, lo que es más grave, por esta vía, penetra la influencia de las grandes internacionales o de potencias extranjeras que tutelan, a gran altura, nuestra evolución política. En suma, los partidos, al adaptarse a la sociedad de masas, se convierten en grandes máquinas electorales que requieren elevado financiamiento y que utilizan los recursos de penetración y convencimiento propio del mercado de consumidores.

La mera exposición de estas leyes revela, inequívocamente, que la democracia liberal no funcionará adecuadamente entre nosotros. Ella deviene necesariamente en la generación de condiciones revolucionarias que terminan por derrumbar el orden institucional. Chile del siglo XX no puede empeñarse en reconstruir un sistema condenado al fracaso por leyes sociológicas que se cumplieron en el pasado y que se cumplirán inevitablemente en el futuro.

La creación genial de Diego Portales consistió en que sus fundamentos eran más sociológicos que políticos. Por eso el Estado organizado por él perduró sin innovaciones hasta 1891. Nada resulta más absurdo e inútil que volver la espalda a la

realidad o empeñarse en revivir instituciones fenecidas por el inexorable paso del tiempo.

Este es el drama de Chile, sujeto a presiones de oligarquías partidistas y de potencias u organizaciones internacionales que quieren imponernos un determinado sistema político que repugna nuestra idiosincrasia y nuestro grado de desarrollo y evolución. Mientras no lo comprendamos cabalmente seguiremos remando contra la corriente y arrastrados por ella a un precipicio.